



dora, que le quitaba la corona y el marido, se casó con Antiocho Sidetes, y se resolvió á reinar á costa de cualquier delito. El nuevo rey atacó á Triphon; Simon se le juntó en esta empresa, y forzado el tirano en todas sus plazas, acabó como merecía. Antiocho, dueño ya del reino, olvidó bien presto los servicios que le habia hecho Simon en esta guerra, y le quitó la vida. En tanto que recogia todas las fuerzas de Siria contra los judíos, Juan Hircan, hijo de Simon, sucedió á su padre en el pontificado, y se le sometió todo el pueblo. Sostuvo despues el sitio dentro de Jerusalem con mucho esfuerzo, y la guerra que Antiocho meditaba contra los partos por libertar á su hermano, le hizo acordar condiciones tolerables á los judíos. Al mismo tiempo que se concluyó esta paz, los romanos, que comenzaban á ser muy ricos, hallaron unos formidables enemigos en la espantosa multitud de sus esclavos. Euno, uno de ellos, los sublevó en Sicilia, y fué necesario para reducirlos todo el poder romano. Un poco despues, la sucesion de Attalo, rey de Pérgamo, que nombró en su testamento heredero suyo al pueblo romano, introdujo la discordia en la ciudad. Comenzaron los alborotos de los Gracos. El sedicioso tribunado de Tiberio Graco, uno de los primeros hombres de Roma, fué causa de su ruina; todo el Senado le mató por mano de Escipion Nasica, y no halló sino este medio de impedir la perniciosa distribucion del dinero con que este elocuente tribuno lisonjeaba al pueblo. Escipion Emiliano reataba la disciplina militar, y este grande hombre, que habia destruido á Cartago, arruinó tambien en España á Numancia, terror de los romanos.

Desde este punto, segun Cantú, la atencion se reconcentra en Roma, la cual, despues de haberse asimilado, aunque con alguna dificultad, los primeros elementos, se lanza como un gigante para apropiarse el universo. Dotada de

maravillosa perseverancia en sus vastos designios, tiene que habérselas con naciones que se sostienen sólo por las leyes del equilibrio, variables en sus alianzas y atentas únicamente á crecer é impedir que las demas se aumenten. ¿Podia ser dudoso el éxito? Cuando Roma se desborda de la vencida Italia, se encuentran frente á frente las estirpes jafética y semítica: aquélla con el genio del heroísmo, de las bellas artes, de la legislacion; ésta con el espíritu de industria y de comercio. La última sucumbe cuando Tiro cede el puesto á su émula Alejandria y cuando Cartago es destruida por Roma; y apenas si quedan recuerdos de aquella civilizacion entre los que recogen sus frutos. ¿Quién sabe si la colonia de Argel, ahora naciente en aquellos contornos, no podrá, como Mario, sentarse entre las ruinas de Cartago y obtener de ellas las revelaciones que ya se han obtenido de Babilonia y de Ménfis?

De esta suerte vence Roma al Oriente ántes de arrojarle á combatirlo en Egipto, en Siria, en el Ponto y en Armenia; pero al dar el Oriente á la vencedora la industria y las ciencias, la corrompe y cambia. Roma, áun fabricando cadenas para el mundo, se muestra magnánima; daba libertad á los pueblos, distribuia las provincias entre sus aliados, y humillaba á los siervos, perdonando á los que se sometian; pero despues que pasa al Asia, no reconoce ningun obstáculo; cree insulto propio la libertad de los demas, y viola descaradamente el derecho. Perseo es conducido entre cadenas, y sirve de espectáculo á un vulgo que insulta las régias desventuras; Cartago es destruida inicualemente; Numancia, acreedora á la admiracion de la posteridad, no conmueve al brutal vencedor, sino cuando despues de derramar la sangre del enemigo, pasa á derramar la del ciudadano.

CAPITULO II

Estado del mundo antiguo á la muerte de Alejandro Magno (1)

La historia asiste á la última trasformacion del mundo antiguo.

El imperio de Alejandro ocupa el centro de la tierra pagana. Al Oriente toca con la India y se apoya en las montañosas fronteras del Asia Septentrional. Al Occidente abarca todo el país helénico y los bárbaros que flotan en derredor suyo.

Á la derecha de este imperio, las hordas escíticas y tártaras, que anuncian la conquista europea, amenazan y estrechan la China.

Á la izquierda, el Epiro, con las correrías de sus aventureros reyes, pone en relacion la Grecia con la esfera de accion en que se mueve Roma. ¡Admirable espectáculo ofrece este conjunto de naciones!

Por desgracia, la unidad no es más que ficción. Á la muerte de Alejandro todo se desata. El mundo, unido por un momento al centro macedónico, se desparrama como un haz desatado.

La China permanecerá aún separada del movimiento general. Sus pequeños principados feudales se funden en un solo Estado, y se levanta su gran muralla. Á un tiempo envuelve una vasta proscripcion á los letrados, y á la vez el imperio del Mediodía se cubre de monumentos y toma una nueva faz. Pasa despues del despotismo á la anarquía, y apenas

encuentra bastante fuerza para desembarazarse de los tártaros. Despues de una veleidad belicosa, la China se anula bajo el poder de los eunucos.

La India no ha conservado su independencia. La influencia griega, amenazando en las fronteras, domina en los negocios interiores y las querellas reales. Más tarde el Ganges y el Indo reconocen la supremacia de los señores del Asia Central; y los pacíficos habitantes del Indostan tiemblan ante un emperador chino ante la invasion escítica, que se sitúa en el norte de sus fronteras. En fin, un gran príncipe, abriendo una nueva era, rechaza á los extranjeros y reúne la comarca bajo una sola denominacion.

Entre la China, la India y la cuenca del Tigris y del Eufrates, se extiende un vasto recinto, defendido por una faja de escarpados picos, en los cuales acampan y chocan entre sí incesantemente vagabundas y guerreras poblaciones. Nadie sabe las sangrientas revoluciones que trastornan esta atrincherada llanura, de donde salen despues formidables expediciones.

Turbulentos esclavos, hábiles conductores, adiestrados arqueros (1), andan errantes y en constantes guerras en estas vastas estepas, ó

(1) *Hionug-nou, Laung, Yuet-chi*; todos estos nombres tienen una significacion real.

(1) Véase Riancey, t. III.



algunas veces reuniéndose, siguen el impulso que plugo á Dios darles. Desenvuélvense al pié de la gran muralla, corren hasta los límites de la India y de la Bactriana, las líneas de los tártaros parten del mismo punto y forman como un movable lazo entre el Asia Oriental y el resto del Asia.

El Asia del Centro y del Occidente, el África Septentrional y la Europa Oriental, que componian los despojos de Alejandro, no podian ya permanecer en un solo imperio. Sus distantes límites circunscribieron un enorme campo de batalla, en el cual corre la sangre á torrentes. El macedonio tenia comprimido todo el mundo bajo su genio. Cuando murió, las ambiciones de sus generales, las nacionalidades de pueblos, las rivalidades de razas se convirtieron en terribles guerras.

Al más digno pertenecía la herencia. Ninguno lo fué. Un hombre como Alejandro podía tener una familia de parientes y de capitanes; pero no podía tener heredero. Aspirando todos con el mismo ardor al anillo del general, se mataron unos á otros sobre la tumba del héroe. En fin, la batalla de Ipsos hizo perder para siempre toda esperanza de monarquía universal.

El imperio se divide en un principio en tres partes. Se habia realmente colocado, apoyándose sobre las tres razas del universo; las tres razas protestan y vuelven á entrar en su individualidad: Sem en Asia, Cam en Egipto, Jafet en Europa. La influencia griega, que penetró por todas partes, no es capaz de contenerles reunidos. No en vano les desunió Dios después de Babel.

La tierra de Sem será bien pronto subdividida en tres. El imperio de los seleucidas tiene toda la debilidad del antiguo imperio de Persia, ménos la apariencia de poder. Este cuerpo tan extenso se desmembra bien pronto y pierde toda su conexión. La nacionalidad oriental reaparece con los partos; las antiguas independencias se renuevan sucesivamente desde el Tauro; el Asia Occidental se divide también al impulso de atrevidas revoluciones.

Después del fraccionamiento, las naciones se agrupan.

Mas allá del Eufórates, barrera levantada por los siglos, la sangre oriental domina pura y sin mezcla. Entre el Eufórates y el Tauro, las envejecidas existencias de pueblos, que con su original persistencia sobreviven á todas las servidumbres, recobran su libertad. Desde el Tauro al mar vegeta lánguidamente esta especie bartarda, completamente impregnada el helenismo, que lo recibe todo del Occidente, príncipes y religión, y no espera más que la esclavitud.

Estas tres familias orientales tendrán cada una su destino.

El patrimonio de Cam, el África, tiene también sus tres zonas de poblaciones como de climas.

Tiene su población verdaderamente nueva, que ocupa completamente todo el interior del triángulo hasta su cima; tiene su población mezclada de griegos en Egipto, al extremo de uno de los lados; en el otro extremo, aunque muy léjos del Asia, su población indígena se encuentra modificada por colonias asiáticas; allí está Cartago.

Entregado á esta doble influencia, Cam es ya el servidor de sus hermanos.

Cartago, mitad fenicia, mitad nómada, tiene ante ella á los romanos. Egipto es el desmembramiento africano del imperio de Macedonia. Siempre faraónico en el fondo, reviste en gran parte las formas griegas y orientales, bajo el cruel y corrompido despotismo de los Ptolomeos. Alejandría viene á ser escala y puerto comun de las tres partes del mundo.

El viejo antagonismo de razas se perpetúa en las querellas de los Ptolomeos, y de los seleucidas, y Egipto se apoya en este combate, ya en la vieja república de Ródas, ya en el joven reino de Pérgamo, ya, en fin, en la pérfida república de los romanos. El poder romano se introdujo en Oriente, para dividir en él los Estados, en el momento en que el gran hombre de Cartago queria reunirles contra la amenazante servidumbre y las promesas del Capitolio.

Tres regiones dividen igualmente á Europa.

En el círculo occidental, al norte, los ignorados pueblos de la Germania, de la Escandi-



navia, no se revelaban todavía por sus terribles incursiones. La Galia, conservando solamente sobre su playa Mazalia la colonia focense, era independiente en sus límites. España conservaba su antigua nacionalidad ibérica, en las inaccesibles crestas de sus montañas; pero predominaba en su litoral la influencia africana de Cartago, esperando que fuera á reemplazar la otra conquista.

En el círculo oriental, el mundo helénico, restablecido como ántes de Alejandro, es decir, desorganizado, se agita de nuevo convulsivamente. El federalismo se rompe, y en su lugar reina una increíble anarquía. Sobre este movimiento terreno, ni los hombres ni las cosas pueden ser estables.

El Epiro y la Macedonia se aniquilan, y sus príncipes gozan en la Grecia ó fuera de ella un cetro que llevan como aventureros y al cual quisieran unir toda la tierra helénica. El gobierno de Alejandro no basta á sus débiles y ambiciosos sucesores y pretenden el despotismo.

En la Grecia, Esparta que no puede reformarse, Atenas siempre vanidosa, una liga de ciudades libres, la liga aquea, y una pequeña confederación, en fin, de intrépidos guerreros, los etolios, luchan juntamente. Atenas, en estas guerras, llevando hasta el último grado de la extravagancia la locura de su insolente libertad ó de su servil adulación, tributa honores divinos á todos los vencedores del día, y arrastra al siguiente por el lodo las estatuas de sus dioses vencidos. Es la última expresión de la democracia pagana. La división reina por todas partes y la fuerza en ninguna.

En fin, en medio está el círculo cuyo centro es Roma, y se engrandecerá constantemente. La dominación romana no va á quedar para siempre encerrada entre el mar y la Galia Cisalpina; está comprimida y ahogada en Italia. Roma restablecerá la unidad en la historia.

No es esto decir, sin embargo, que tantos países separados por su posición geográfica, por diversidad de razas, ó por contrarias costumbres, no estén ligados ya por algun concepto.

Cartago, la antigua colonia fenicia, tiene á

suelo á los independientes mercenarios del África, cubre á España de factorías y ocupa una parte de Sicilia. Egipto y Siria están en continua comunicación. La Siria, que toca á la India, á los partos, á la Armenia, y Egipto, que da la mano á la Arabia y á la Etiopía, dirigen siempre sus miradas hácia la Grecia; un rey de Esparta va á morir á Alejandría. La pequeña república de Ródas, pacífica en el seno de las olas, está colocada entre Europa, Asia y África, de las cuales recibe á la vez las naves y los tesoros. La vieja isla de las tres cimas, la Trinacria, la Sicilia, está ya dividida entre griegos y cartagineses, y bien pronto los romanos ponen en ella los ojos de su ambición.

Entre Alejandro y Aníbal, el personaje más curioso es seguramente Pirro, aventurero de coronas, soldado y rey de fortuna, que pierde y gana reinos y no conserva más que su espada, que no tiene más territorio que su campamento, ni más pueblo que su ejército, que se dirige unas veces al Oriente, otras al Occidente, disputa la Macedonia y la Grecia, pasa á Italia, va á hacer la guerra en Sicilia, vacila un instante si conquistará esta isla, Roma ó Cartago, sueña en la monarquía universal, y muere en la toma de una ciudad griega, bajo una teja lanzada por la mano de una mujer anciana. Pirro ante Aníbal es el genio aventurero ante el genio político y militar.

No hay ya más que dos poderes en el mundo: el poder militar y territorial de Roma y el poder comercial y marítimo de Cartago. Será casi una batalla de dioses, el águila de Júpiter contra el caballo de Neptuno (1).

Por tres veces renovó Cartago el terrible combate. En la primera guerra se disputa solamente la Sicilia; en la tercera no se trata ya de la salvación de la república romana, y si únicamente de la suerte del África. Todo el interés se encierra en la segunda guerra y en su héroe, que hace risible la existencia de Roma en la misma Italia, y con su genio balancea la fortuna del Capitolio.

En esta admirable contienda se ve al car-

(1) Un gran número de monedas cartaginesas llevan una cabeza de caballo.